

LEONARDO POLO BARRENA, *IN MEMORIAM*

Juan J. Padial
Universidad de Málaga (España)

Recibido: 04-04-13

Aceptado: 05-04-13

Resumen: Obituario en homenaje a Leonardo Polo.

Palabras-clave: Leonardo Polo; Filosofía española del siglo xx

Abstract: Obituary in honour of Leonardo Polo.

Key-words: Leonardo Polo, 20th Century Spanish Philosophy.

Hay una relación de aclaración recíproca entre filosofía y filosofar: cabe que el yo, la vida y el filosofar sean acogidos por el intelecto, cabe que el filosofar se ejerza de tal modo que ilumine nuevos campos temáticos y vías de acceso para la filosofía, cabe también aceptar a modo de herencia un pasado filosófico y encontrar inspiración en él. Todo esto es posible. Y por ello, también es posible lo contrario: que el intelecto reflexione, pero que no implique al sujeto; que el filosofar se limite a glosar, comentar, o trazar caminos en los océanos de la realidad; que el filosofar se desentienda y olvide del pasado, de la rica herencia filosófica lograda.

Por ello la relación entre filosofía y filosofar, solía comentar Polo, no es una relación de identidad, sino de apoyo mutuo, es una relación solidaria. No es una relación inerte, sino viva, caracterizada por el crecimiento. El propio filosofar respalda y favorece a la filosofía. La filosofía, y lo que en su historia ha sido, incita, convoca e inspira el filosofar, que nace así situado y enclavado. El filosofar aparece de este modo como convocado a una tarea desde una altura histórica lograda por el saber¹.

[1] Cfr.: Polo, L., *El hombre en la historia*, Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, 207, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 2008, pp. 103 ss.

Según Leonardo Polo Barrena (Madrid, 1/02/1926 – † Pamplona, 9/02/2013), esta altura, que lo es del saber, implica apertura al pasado y convocatoria a la prosecución de lo logrado. Por ello, la actividad filosófica es inseparable de la actividad de incrementar el patrimonio recibido. “Buscar la verdad comporta tratar de avanzar en la investigación. En la medida en que uno puede, debe hacerlo si es filósofo o científico. Ser original es una cuestión secundaria.”² En esta página querría aclarar el sentido del filosofar de Leonardo Polo. Hacerlo es iluminar algunos aspectos de su legado filosófico y de su concepción de la filosofía. Hacerlo es por tanto rendir homenaje a la conjunción de su vida y obra.

Polo fue catedrático de historia de la filosofía. En concreto, fue el primer catedrático de filosofía en la Universidad de Granada (1966), y el primero también en la de Navarra (como profesor desde 1956, y como catedrático desde 1968). Para él, como para Aristóteles o Hegel, historiar la filosofía era inseparable de filosofar.

Pero él no admitía que la filosofía tuviese que recomenzar con cada sistema, sino que la filosofía debía insistir en su comienzo tal como fue avistado y vivido por los griegos: la admiración. “El inicio del filosofar es el que es y no hay otros. No admito la pretensión de recomenzar la filosofía; sólo acepto su desarrollo siempre incrementable. Cualquier recomienzo de la filosofía es necesariamente temático, y por tanto, no es una versión estricta del admirarse, en el que nada se sabe.”³ Este no tener que recomenzar separa según Polo el filosofar de las ciencias empíricas. Estas recomienzan con cada cambio de paradigmas, con cada determinación de nociones fundamentales, que se introducen y cambian como postulados. Pero el comienzo del filosofar no es ninguna noción, sino la apertura de unos temas en el puro no-saber.

Recomenzar la filosofía sería algo así como refundarla, negar la apertura al pasado y sustituirla por una peculiar intuición o un principio lógico del pensar. Desde ahí, la originalidad se avistaría como la virtud propia del filósofo, y la forja del propio sistema como la meta de la tarea filosófica. Pero Polo pensaba que el ideal de sistema implica la clausura, el cierre y el acabamiento del pensar. Cierre respecto del pasado, porque la inspiración no se encuentra en lo legado, sino en el principio lógico que se pone como comienzo. Tampoco el sistema logrado podrá inspirar a las generaciones futuras de pensadores. La inspiración es un encuentro con la novedad que toma impulso en lo presente. Encontrar verdadero un sistema significaría condenarse a repetirlo o glosarlo, como advirtió Nietzsche en la segunda de sus *Consideraciones Intempestivas*,

[2] Polo, L., *Antropología Trascendental. Tomo I. La persona humana*, Eunsa, Pamplona, 1999, p. 12.

[3] Polo, L., *Introducción a la filosofía*, Eunsa, Pamplona, 1999, p. 10.

ser una mera coda de un tema principal ya tocado, un recuerdo y memoria de lo ya acabado⁴.

Frente a las filosofías sistemáticas, Polo proponía un tipo de filosofar abierto y convocado desde el saber logrado y desde la situación histórica. “Suelo hablar de altura histórica, que es algo así como el emplazamiento en que uno se encuentra y desde el cual se orienta respecto de los hallazgos filosóficos logrados hasta hoy, a partir del convencimiento de que la filosofía nunca está terminada. Más que ser llevado por el prurito de originalidad, se trata de filosofar teniendo en cuenta la altura histórica.”⁵ Éste fue el convencimiento directriz de la intensa vida filosófica de Leonardo Polo. Tanto, que comprendió su filosofar como un esfuerzo de orientación. Orientación en su tiempo, en los motivos inspiradores de la filosofía moderna y contemporánea, para responder a ellos, no sistemáticamente, sino tomando apoyo, impulso e inspiración en lo inacabado de la filosofía antigua y medieval. Por ello, necesitaba orientarse también en esta filosofía, lo que significó para él un enorme esfuerzo de depuración de sus nociones fundamentales.

La filosofía siempre comenzó y comenzará, según Aristóteles, por la admiración. Y lo primero que presenta la admiración es la docta ignorancia. La ignorancia del sabio respecto de lo trascendental. La admiración abre un campo, el del ser y el fundamento, junto con el de los recursos intelectuales para instalarse en él. Así aparecen los primeros temas del saber filosófico: el ser, y el pensar que con el ser podría corresponderse. Temas —θέματα, siempre en plural, ya desde su mismo comenzar histórico— que aparecen —y vuelven una y otra vez a aparecer— en la admiración, como inéditos e insospechados. Temas en los que los filósofos insisten una y otra vez desde su inicial situación de desconcierto, desorientación y docta ignorancia. Piensan y vuelven a pensar y aspiran a un saber que quizá sea patrimonio de los dioses:

“No debemos, a pesar de no ser más que hombres, limitarnos, como quieren algunos, a los conocimientos y sentimientos puramente humanos: ni reducirnos, mortales como somos, a una condición mortal; es preciso, por lo contrario, que en cuanto de nosotros dependa nos desatemos de los lazos de la condición mortal, y hagamos todo lo posible por vivir conforme a lo mejor que hay en nosotros”⁶.

En Leonardo Polo Barrena vi personificado el talante del filósofo que Aristóteles propugnaba en este texto. Un talante audaz, animoso y esperanzado. Al comienzo de la *Metafísica*, como aviso para navegantes, para quienes quisieran emprender esos caminos, Aristóteles se encara con el pensamiento débil, descorazonado y resignado del poeta Simónides. Ese pretendido saber filosófico sería patrimonio de los dioses, pensó Simónides. Incurriría en ὕβρις,

[4] Cfr.: Polo L., *Hegel y el posthegelianismo*, Eunsa, Pamplona, 1985, pp. 245 ss.

[5] Polo, L., *Antropología trascendental...*, p. 13.

[6] Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, X, 7,8.

en desmesura, el humano que la pretendiera. Aristóteles le replicó que “es indigno del hombre no ir en busca de una ciencia a la que puede aspirar”⁷. Pero para ir a ella —para dirigirse al θέμα del fundamento⁸—, ha de examinar ante todo otro θέμα: el de sus recursos intelectuales, el alcance y límites de su νοῦς⁹, y la variedad y multiplicidad de sus productos: el λόγος¹⁰. Filosofar siempre es encontrarse con θέματα. Eso es lo peculiar del filosofar, como indica el título de esta revista (fundada, dicho sea de paso por varios discípulos de Leonardo Polo): el volver a pensar los temas, siempre plurales, que despierta la admiración.

En Leonardo Polo, muchos de quienes tuvimos la suerte de asistir a su magisterio, comprobamos cómo se tensaban las fuerzas de su intelecto en pos de lo que le era proporcionado. En sus palabras aparecía su propia actividad pensante, su esfuerzo de orientación. Quiero decir con esto, que en sus libros, clases y conversaciones se asistía a una tarea emprendida personalmente, y por lo tanto insustituiblemente. La filosofía aparecía para nosotros, sus lectores o interlocutores, como algo vivo. En modo alguno como un monumento, como algo del pasado que se glosaba o comentaba, que se transmitía como memoria de lo que otros habían dicho. En él, tanta savia ascendía por el árbol de la vida, como por los vasos leñosos de la ciencia; porque pensar puede ser una actividad vital e intensa, quizá una de las formas más altas de vivir.

Es posible que para nosotros, hombres modernos y un tanto fáusticos, resulte chocante y extraña, la expresión “vivir la filosofía”. Como si vida y filosofía, persona e intelecto estuviesen disociados y a una distancia infinita el uno del otro. Pero creo que la vida de Leonardo Polo acogió a su intelecto, intentó vivir conforme a lo que estimaba como lo mejor que había en él, su intelecto personal. Por eso dedicó, con sumo brío y energía, su vida a pensar. Esto implica que para él la filosofía estaba cualificada por una historia personalmente vivida. Y mostrar en que consistió para él la filosofía, y qué aportó a ella es inseparable de exponer su propia actividad pensante. Así lo advirtió cuando se decidió a publicar un curso de Introducción a la Filosofía dictado durante el año académico 1993-94. “Esta obra queda marcada por mi propio ejercicio

[7] Aristóteles, *Metafísica*, A, 980a-993a

[8] Sobre el tema del ser Polo escribió su libro *El ser. Tomo I: La existencia extramental*, Eunsa, Pamplona, 1965, 2ª ed., 1997.

[9] Sobre el tema del acceso intelectual al ser escribió su obra: *El acceso al ser*, Eunsa, Pamplona, 1964, 2ª edición 2004. El tratamiento del intelecto, y su relación con la existencia personal está tratado en su libro: *Antropología trascendental*, Eunsa, Pamplona, 2 volúmenes, 1999 y 2003.

[10] Sobre el tema de la variedad de operaciones y hábitos cognoscitivos, ya sensibles ya intelectuales, escribió el libro: *Curso de teoría del conocimiento*, Eunsa, Pamplona, en cinco volúmenes, 1984-1996.

filosófico. Una introducción a la filosofía compromete responsablemente a su autor, puesto que evoca la historia vivida de un pensar”¹¹.

Quizá fue ese el primer fruto que nos comunicó. Empleo la palabra “comunicación”, porque asistir a su filosofar significó para muchos de nosotros un encenderse la vida filosófica, una propagación de la misma. Comunicar la vida es engendrarla. Y para darla es preciso tenerla, estar comprometido en la búsqueda de la verdad, pues eso es la filosofía, la ciencia que se busca.

Pero ¿cómo se puede tener aquello que se busca? Acaso no es esto una vana y contradictoria pretensión. “El filósofo —dice Polo— trata de la verdad. Se da cuenta de que está ahí, y se dedica a la persecución, a la caza de verdades. Con todo, esa conducta es en cierto modo desconsiderada, pues encierra alguna dosis de voluntad de poder que la desvincula de la admiración.”¹² Polo ponía en guardia frente a cualquier tipo de voluntad de poder. En las páginas de sus libros se encuentra un rico tratamiento de lo que él desenmascaró como “pretensiones”. Pretender es el acto por el que el yo se inmiscuye en la dinámica intelectual. Se inmiscuye con una pretensión, solicitando algo de la actividad intelectual, a la que pone a su servicio, y no la deja ser libremente. Por ello, la pretensión fuerza la intelección, abusa de ella y de lo real, que queda desfigurado por la pretensión.

Muchas han sido las pretensiones esgrimidas a lo largo de la historia de la filosofía. Desde la pretensión de control y seguridad cartesiana¹³ hasta la pretensión de sí —de cobrar el yo en el pensamiento, reconocerse en la estructura sujeto-objeto—, pasando por la pretensión de ser otro¹⁴, de sustituir la verdad por el éxito, de lograr un saber absoluto¹⁵. Estas pretensiones, y muchas otras, brotan de determinadas actitudes intelectuales. A describir estas actitudes dedicó parte de su trabajo de historiador de la filosofía. Su detección y la determinación del alcance de estas actitudes tejieron la urdimbre de algunas de las interpretaciones polianas de grandes pensadores: la actitud de ojo avizor cartesiana, la de atenuamiento al objeto en Kant, la de monofisismo lógico en Hegel, etcétera. Frente a las actitudes intelectuales, Polo reclamaba *disponer* de los recursos intelectivos *según* la índole de cada modalidad de actividad intelectual, sin forzar los recursos, sino plegándose a ellos, respetando la cualidad y aptitud de cada uno de ellos. Por ello acometió la tarea de realizar una teoría del conocimiento que atendiera a las diversas actividades cognosci-

[11] Polo, L., *Introducción*..., p. 9.

[12] *Ibid.*, p. 36.

[13] Polo, L., *Evidencia y realidad en Descartes*, Eunsa, Pamplona, cap. 1.

[14] Polo, L., *Nietzsche como pensador de dualidades*, Eunsa, Pamplona, cap. 2.

[15] Polo, L., *Hegel y el posthegelianismo*, Eunsa, Pamplona, cap. 2.

tivas, ya sensibles, ya intelectuales. Y de éstas, las unas operativas, las otras habituales¹⁶.

La vida filosófica era para Polo heurística, inseparable del hallazgo, del encuentro —*invenio*, εὕρισκειν—. Se trata de una búsqueda, de un esfuerzo de orientación. “El hallazgo es siempre lo primero (la forma más alta de inteligencia es la inventiva; antes de la demostración y de la formulación más rigurosa, está el encontrar). Si el momento demostrativo o reformulativo es el que predomina durante una época, se puede decir que no hay entonces creación filosófica”¹⁷. Ya la admiración es un encuentro, con la realidad inabarcada y con la ausencia de recursos con que conmensurarse con el ser. El Ἔπος platónico se caracteriza por su fecundidad, por engendrar en la belleza, es decir sin disociarse de la admiración. Engendrar es encontrar una novedad, un decir fructífero, un devolver el presente que acaeció en el momento de la admiración. “¿Qué es engendrar en la belleza? Expresarla, crear la obra de arte, es decir, repetir la belleza de tal manera que mediante el *eros* quede plasmada y éste alcance a hacerle un presente.”¹⁸

Por eso se puede conciliar el tener con el buscar, si lo que se busca es aquello que se tiene pero de lo que aún no se dispone: es decir la búsqueda de acto intelectual. Se busca encontrar la actividad con que formar los temas. Esa búsqueda orientada a un hallazgo es lo que da sentido al filosofar y lo que Leonardo Polo transmitió a los muchos, discípulos o no, que disfrutaron de su presencia real.

En su vivir filosófico, Leonardo Polo rehabilitó un antiguo sentido del filosofar: el canto. Cantar es algo muy presente en la tradición agustiniana, y con raigambre en poetas filósofos como Parménides, Hölderlin o Heidegger. El canto surge como una encomienda al νοῦς por parte del ser. Tiene su origen en el requerimiento y encargo de decir su verdad. La belleza que despierta las energías eróticas según Platón, hace vibrar la totalidad de fuerzas anímicas en pos de su encanto. Por eso, desde el Ἔπος se engendra la obra de arte; y por extensión, el conjunto de productos culturales que suscita la acción humana. Pero hay un tipo de canto, el canto filosófico, que más que obra de arte, es canción del ser. Más que tocar las energías del alma, despierta algunas luces del intelecto.

La canción del poeta filósofo es el don que la vida filosófica ofrece al ser. Y lo ofrece generosamente cuando es celebrado el ser del universo, o lo ofrece esperando aceptación, cuando se refiere al ser de una persona, ya humana ya divina. Así el canto no es tan sólo encomio o aplauso; es dedicación, don del intelecto. No me resisto a terminar estas páginas de canto a la vida filosófica de

[16] Polo, L., *Curso de teoría del conocimiento*, Eunsa, Pamplona, cinco volúmenes, 1984-1996.

[17] Polo, L., *Introducción...*, p. 84.

[18] Polo, L., *Introducción...*, p. 43.

Leonardo Polo con la transcripción de un párrafo de la ya citada *Introducción a la filosofía*:

“Yendo un poco más allá de Platón, hay que decir: desde este punto de vista, la filosofía sería el canto. Pero se puede cantar el bien si uno inventa la canción que lo devuelve al ser, esto es, si se inventa la canción del ser. ¿Qué es la canción del ser? Por lo pronto, el *noús*, no el *eros*, es decir el acto con el cual yo saco a la luz el ser, con el que soy capaz, por así decir, de recrearlo como verdadero y como bueno. Pues el bien no es lo primero, sino lo tercero y sólo así el amor es también un acto, y no sólo deseo. Primero he de rendirle a la verdad ese homenaje que se llama cantar. Desde aquí engendrar en lo bello es más que hacer brotar la obra de arte, pues el poema es más que una obra de arte. Por eso, algunos de los descubridores de la realidad son poetas; lo que permanece a pesar del tiempo es dicho por los poetas (Hölderlin). La filosofía de Parménides está escrita en un poema.”¹⁹

Juan J. Padial
jjpadial@uma.es

[19] *Ibidem*.